

ICARIA

REVISTA DE CRITICA Y CULTURA

Nº 2 — TOMO I

OCTUBRE 1981



Director

Emilio J. Corbière

inici

Ernesto Giudici

EL PROBLEMA DE LA IZQUIERDA EN LA ARGENTINA

El problema de la izquierda en la Argentina debe ser examinado desde este hecho contradictorio: de un lado, el desarrollo creciente de ideas que genéricamente pueden considerarse de izquierda y, del otro, el debilitamiento creciente de las organizaciones de izquierda. Como este hecho configura ya una constante históricamente definida, no puede eludirse el análisis crítico. Es hoy, teórica y prácticamente, el punto de partida.

Mi propia experiencia desde la dirección de uno de esos organismos contribuye a demostrar que el problema es eludido, precisamente, en ellos, lo que no sólo es tosudez sectaria ante la realidad: es también, y en primer término, la expresión más cruda de una crisis teórica. Deviene incapacidad teórica. Cuanto más se insiste en "cristalizar" la influencia en organización más se demuestra que un dogma "cristalizante" ha venido destruyendo lo vivo, histórico, creador de las ideas primigenias del marxismo. Pero esto que ocurre en la Argentina es un fenómeno mundial que si puede definirse, simplificando las cosas, como consecuencia del stalinismo, no exime al trotskismo ni al rnaismo en cuanto ellos también se dogmatizan. Lo grave en la Argentina es

que esa dogmatización se inserta en un cuadro ideológico de falsas antinomias que dificulta y traba en general la comprensión de la verdadera realidad nacional y que, en el campo de la izquierda, acentúa su desubicación histórica.

El hombre es potencialmente un "todo" que se va creando y desarrollando históricamente, con aptitudes múltiples que se destacan de un modo global o unilateral en cada persona, siendo su aptitud superior la de proponerse objetivos y realizarlos. Si en el régimen burgués, tras el feudalismo, la libertad individual llega a su más elevada formulación, el socialismo no la niega al revelar teóricamente la contradicción interna que permite a unos lo que niega a otros: sostiene que la socialización económica es para asegurar más libertad y derechos a todas las personas y no para suprimirlos. Una socialización económica que no significara también la elevación de la personalidad humana en el libre desarrollo de su aptitud creadora en lo social, científico, artístico dejaría de ser socialismo para ser, aun en el caso de un cambio económico real, tan sólo estatismo. Del marxismo sólo se habría tomado el cambio de relación económica y en esa unilateralidad, el hombre, mutilado, se alienaría en esas relaciones. En vez de humanizar, ese "socialismo" deshumaniza. Si le da a los hombres algún bien material inmediato es más el poder que crea para oprimirlos. Tarde o temprano, de una manera u otra, en ese socialismo estallará la lucha por una rehumanización en un nivel superior.

Cada persona es también una unidad objeto-sujeto. No es solamente un objeto como las cosas de la naturaleza ni hay un "reflejo" de las cosas en la cabeza de los hombres que no sea pensamiento de algún hombre. Toda unilateralidad "materialista" o "idealista" que destruya esa unidad es metafísica mutilante y alienante.

La unilateralidad es dogmatismo al convertirse en un todo vaciado y formal. El dogmatismo, al generalizar lo parcial, excluye y mutila. Lo parcial se empobrece y aísla y lo "general" es una abstracción sin contenido real. Lo históricamente concreto, definido por un "todo" relativo en el tiempo y el espacio, es reemplazado por parcialidades fijas en formas "lógicas" inmovilizadas. Si "El Capital", histórico, es inmovilizado en una forma lógica, al "aplicarlo" a realidades sociales concretas se procede con el preconcepto de ajustar esas realidades a la forma para "confirmarla". Esto fue sucediendo después de Marx en una tendencia que convertiría al método en sistema y a éste en una pieza única, "monolítica". Las realidades históricamente concretas son así inmovilizadas en un esquema irreal. El esquema lógico de clases impuesto dogmáticamente en cada país impide conocer la realidad histórica de sus clases y lo que es en particular cada país. Se pretende que del esquema general y único, que iguala o clasifica rigidamente, "salgan" esas realidades concretas en lugar de partir también de ellas. Tampoco el molde de hombre único e igual deberá prefigurar a las personas concretas e impedir las ideas originales.

Un marxismo eurocentrista, que desconoció otras realidades y que hasta impondría un modelo único, se convirtió en un poderoso obstáculo teórico en

la comprensión del desarrollo histórico de las realidades latinoamericanas, diferentes a su vez entre sí.

En la Argentina el esquema irreal se insertó en antinomias que por su parte trababan también la comprensión del proceso histórico que nos era y nos es propio, particular, original.

Las antinomias que unilateralizan realidades parciales de la Argentina después de Mayo de 1810, erigiéndolas en el todo, dogmatizan las tendencias excluyentes, mutilan a la nación en formación e impiden su comprensión global. Las tendencias se atrincheran en interpretaciones ideológicas y éstas actúan entonces como constantes históricas. No nos referimos aquí, claro está, a las contradicciones de clases, reales en el conjunto de contradicciones reales, sino a antinomias que, como la liberal-popular, aunque parten de una base real, llegan a colocarse sobre el conjunto en desarrollo y lo fragmentan dogmáticamente. Deforman incluso el cuadro de las contradicciones regionales que en parte las motivó. El resultado fue crear una falsa oposición, y antagonismo, entre libertad política y masa, intelectualidad y pueblo, lo universal y lo nacional.

Interpretaciones parciales, dogmáticas, sectarias a veces, oportunistas otras, determinaron en el seno de la izquierda que en unos casos un "marxismo" fuera arrastrado por el liberalismo económico y hasta se identificara con éste y que otro "marxismo", al ir en busca de lo popular, fuera tragado por el "populismo". En ambos casos se trató, de "marxismos" parciales, incapaces de abarcar desde una perspectiva superior e independiente un todo contradictorio, aunque en éste se vaya desde un partidismo de clase. Son pedazos de doctrina muy lejos de aquel Marx que vio al proletariado como el filósofo de una nueva visión y hablara de la clase obrera que "se constituye en nación".

Esos "marxismos", desde un dogmatismo que engendra su contrario oportunista, se insertan en antinomias anteriores y el producto es acentuar ese estigma histórico argentino que imprime su sello mortificante sobre el conjunto de la actividad nacional, que fragmenta la comprensión intelectual y técnica, que hace saltar a los argentinos de la discordia sectorizada a la conciliación sin principios, que se agrava en sus efectos, lógicamente, en los momentos de crisis y cuando más obligadas son las decisiones. Ello explica más de lo que se supone muchos de los misterios del tan incomprensible, y a veces irracional, modo de ser argentino. Somos propensos al vaivén, al bandazo espectacular.

Una verdadera izquierda marxista, por propia definición, debió superar las antinomias heredadas, pero no lo hizo. Tampoco podía hacerlo si traía sus propias limitaciones. Perdió así autoridad teórica y fuerza. Ese marxismo, elaborado en Europa a mediados del siglo pasado y que fuera generalizado dogmáticamente más allá de lo permitido por el rigor científico, impuso su simplismo esquemático ya desde la interpretación de la conquista y la colonización. Se enredó en lo feudal y lo capitalista. Y desde su entrada en el Río de la Plata, a fines del siglo XIX, se sitúa en el esquema del antagonismo

oligarquía-proletariado. Según una interpretación, la oligarquía terrateniente era también la burguesía y según otra no, pero el esquema, en ambos casos, era falso. Desde él se desconoció el nacimiento, desarrollo, contenido y formas de la burguesía nacional, el desarrollo real del capitalismo en la ciudad y el campo, todo lo popular que no encajara en el caudillismo rural, nuestra original realidad ganadera y campesina, las sucesivas formas del poder político, el Estado real y ahí el poder militar, la verdadera relación sociedad-derecho, lo particular de nuestro proceso educacional, lo argentino en la cultura. Lo complejo y propio de la realidad nacional quedaba fuera del esquema. Se hablaba de la "agricultura" al modo europeo pero se desconocía a la estancia. Desde una realidad fragmentada y el dogma se decía una cosa pero la realidad era otra. La discordancia fue en aumento. Vimos a dirigentes y "teóricos" exponer académicamente cuadros salidos cada vez más de su propio aislamiento. No les importaba ya a quienes se dirigían porque se hablaban a sí mismos. Lo importante era saber bien el texto y la cita con algodones en las orejas para no oír el rumor de las gentes, los ríos y las montañas. El país que mentaban no existía. El país real, por lo tanto, no los entendía, y ellos se desesperaban culpándolo de ignorancia; exponer la "situación argentina" en el exterior requería de esos teóricos mucho derroche verbal para terminar en un galimatías.

Las masas del país real deben actuar entonces fuera de esas teorizaciones y así surgen líderes o nuevos caudillos que sabrán recoger o aprovechar, naturalmente, muchas aspiraciones de izquierda. Lo más inmediato de la izquierda se va satisfaciendo, en parte, fuera de la dirección de las organizaciones de izquierda y, a veces, lo que es explicable, contra éstas. Este es el drama, la tragedia de una izquierda de petulante elitismo u "obrerismo" a la que gran parte de las masas populares y de la propia clase obrera enfrentan. Como la desubicación inicial no se corrige porque en el dogma jamás hay rectificación ni autocritica, las direcciones derrotadas o simplemente desconocidas se refugian más en sí mismas, se identifican más con sus aparatos, se cristalizan ellas mismas hasta en sus cerebros; al mismo tiempo crece la rivalidad entre ellas a tal punto que para una de esas izquierdas no hay peor enemigo que las otras izquierdas: destruirse entre sí pasa a ser tarea prioritaria. Así como en algún momento combatir al yrigoyenismo y no a la oligarquía, y en otros al peronismo, fue preocupación dominante en alguna izquierda, también lo fue, desde una izquierda, centrar la lucha para impedir el ascenso de otra izquierda.

El esquematismo antinómico hizo que organizaciones y corrientes de izquierda se dividieran continuamente hacia el "liberalismo" o hacia el "populismo". No se trataba de "unidad" o coincidencia, sino de traslado mecánico, oportunismo y pérdida del rumbo propio e independiente. Desde una de esas posiciones, la más enemiga era "la otra". Si hubo un liberalismo de izquierda identificado con la oligarquía, también hubo una posición que, por "anti-oligárquica", fue antiliberal en el sentido de despreciar la defensa de las libertades políticas, acusadas de "burguesas". En nombre del marxismo se cometieron atrocidades teóricas, dignas de una antología. Un "obrerismo" marxista hizo gala de su anti-intelectualismo y desde éste y desde un teoricismo tan pobre como ampuloso

se subestimó todo lo pedagógico y universitario que se moviera más allá de los moldes de la "cultura proletaria". El marxismo fue rebajado al más crudo economicismo. El intelectual, que en una época iba al marxismo por lógica atracción hacia una concepción superior, fue poco a poco desalojado de esa izquierda y obligado a ser de izquierda en otro lado y a su modo o a no saber ya qué es la izquierda. Los más intelectuales y "obreristas" fueron los pocos intelectuales que quedaron aferrados, sin competencia, a los aparatos. En su haber consta una verdadera persecución intelectual y la destrucción de muchos bienes y entidades intelectuales. Los destruyeron desde "adentro".

En alguna de esas organizaciones la historia pasa en vano. Cuando es ya innegable que el país es capitalista, aunque, como se dice, con "atraso y dependencia", un dirigente exhuma una tesis de 1928 para "detenerlo en la oligarquía terrateniente y el coloniaje bajo el imperialismo. Desde una organización opuesta se afirma lo mismo. A esto se le opone el otro extremo de las formulaciones inmutables: país capitalista y salto al socialismo. Las tesis estereotipadas impiden definir la realidad de modo menos tajante. Yo ya desde 1940, al estudiar desde los hechos, los datos precisos y el contacto con las cosas, el desarrollo capitalista en la Argentina, sostuve que él se operaba en parte al modo prusiano, es decir, en conciliación con la oligarquía terrateniente. Esto y todo lo demás que completarían cuadros reales — que no corresponde exponer aquí — permitía conocer mejor lo irregular de nuestro proceso y esas características originales que los esquemas, por cierto, deben pasar por alto. Sólo en esa dirección se puede apreciar mejor la base económica del poder político, que no se limita además a una simple "superestructura". Y el contenido y formas del poder político es, en definitiva, como concentración, lo fundamental para caracterizar una situación histórica y la actitud de cambio ante ella. Esto exige obrar ante la totalidad del cuadro y no sólo en una de sus facetas, reales o imaginarias. Pero esto es pedir mucho a esas mentalidades que no admiten nada nuevo substancialmente, ni en lo económico ni en lo estatal, desde 1928. Con un *diktat* semejante, los a él subordinados sólo pueden hacer el ridículo o desobedecer. Esto les está ya ocurriendo a algunos argentinos ante la superación dogmática en varios países de América Latina. Pero el dogmatismo argentino no cede. Prefiere morir de pie.

Hay, pues, una izquierda "marxista" que agoniza, desesperada, mientras crecen las aspiraciones socialistas y maduran otras ideas socialistas. Decimos "idea" intencionalmente y no por desconocimiento del léxico técnicamente ortodoxo. El socialismo es una idea a realizar porque aunque tenga un fundamento científico es un objetivo subjetivamente propuesto por unos hombres frente a otros hombres. Las "condiciones subjetivas" no están mecánicamente determinadas por las "condiciones objetivas": aquéllas son también determinantes del objeto. Por ello, en cada país la socialización estará a la altura de los que la conciben, planean y realizan, claro está, en el juego cambiante y dinámico de las cosas. No hay, pues, un solo modelo socialista en el cual los hombres sólo son custodios de su pureza. Las ideas socialistas se renuevan y surgen nuevas necesidades y realizaciones socialistas. En lo esencial, el socialismo sigue

siendo un "movimiento" como en los orígenes aunque sea a través de partidos, de organizaciones más severas y técnicas más rigurosas. Es justamente lo "móvil" lo más apto para esa mayor elevación en el dominio del hombre sobre la naturaleza y sus propias conquistas. El marxismo no debe ser la izquierda del absolutismo hegeliano.

La inmovilidad dogmática en que la "organización" cerrada primó sobre la idea influyó mucho para que tanta gente saliera de ella desesperanzada. No nos referimos a los de convicciones débiles o incapaces de aceptar una disciplina. Esta es necesaria, y aun rigurosamente, pero sólo en la medida de lo necesario a la idea que se quiere realizar. El caso es que verdaderos torrentes de personas pasaron en la Argentina por las organizaciones socialistas y comunistas y no pudieron quedarse, y eso no es imputable a aquéllas. Y con esto retomamos el problema con el cual comenzamos estas líneas: desarrollo creciente de las ideas socialistas, debilitamiento creciente de las organizaciones.

Se confirma, a nuestro entender, que esa contradicción es hoy el punto de partida.

Si se parte de aparatos y dogmas que han caducado históricamente, los esfuerzos se malograrán. Desde la idea socialista, fundada en las nuevas realidades y los nuevos objetivos, otro torrente nacerá. Pero tanto los nuevos como los viejos socialistas tendrán que partir de la valoración crítica de una larga trayectoria en la historia argentina. Es la crítica de la izquierda desde la izquierda. Un hombre de izquierda, hoy, en la Argentina, que no examinara críticamente por qué fracasaron, una tres otras, las organizaciones de izquierda después de los orígenes impetuosos de las ideas socialistas, anarquistas y comunistas, es un burócrata empecinado o un charlatán que parlotea sin querer explicarse a sí mismo el por qué de la contradicción que, como problema central, es el hilo explosivo de esta breve y sintética introducción a un análisis más completo.

Esta crítica es necesaria para aquellos que no pertenecen a las organizaciones en crisis y aspiran a un re-encuentro de tantas ideas socialistas dispersas en una nueva perspectiva. La contradicción debe ser conocida y explicada también por los que entran ahora en la idea socialista. Y los militantes que quieran salvar algo, deben hacer el más profundo análisis crítico desde el seno mismo de aquellas organizaciones.

El problema es teórico. La crisis es teórica y no de tal o cual táctica. Aunque la acción no se detenga y lo inmediato sea atendido, sólo la reubicación teórica permitirá iniciar un nuevo momento en el proceso de las ideas sociales argentinas.

En esta encrucijada, lo más práctico es la teoría, guía metodológica, tras su reelaboración, de más firmes, amplias y trascendentes acciones.

"Izquierda" es un término convencional de un significado genérico pero preciso. Para distinguirse de la derecha conservadora ha de ser el cambio pro-

gresista mismo. El socialismo debe ser lo revolucionario mismo en todos los aspectos del conocimiento y la actividad humana. Para cambiar un todo hay que tener una comprensión global de él. La idea socialista debe comprender al país en su conjunto en un mundo también en su conjunto. Sólo así puede superar falsas antinomias y preciar cuál es la verdadera demarcación entre lo que se estanca y lo que nace. Sólo en lo global se puede cambiar desde las partes hacia otro conjunto: es el partidismo en un todo.

Por ello debe ubicarse también en la crisis global del país y explicarla. La derecha —toda ella— está en crisis. La demarcación derecha-izquierda en el seno mismo de los viejos partidos (conservador, radical, ahora también el peronismo) va situando en la inoperancia a los conglomerados que pretendan sobrevivir como dueños del país o policlásticos. El "populismo", progresista en un momento y no comprendido por una izquierda en el curso original de nuestra historia, no puede pretender que la izquierda sea su furgón de cola. La izquierda debe ser también locomotora. Y como tal tiene perspectivas propias: valora lo útil del populismo en un momento y lo supera; convoca a la izquierda a que se sitúe en la izquierda.

A la crisis política argentina que precede al actual "proceso", se agrega ahora la de éste. Como en otros trances críticos, también ahora puede ensayarse una nueva conciliación como un manto que oculte todas las divergencias. Puede inventarse una piel nueva para viejos conglomerados amorfos. Esto estaría muy a tono con el vaciamiento en la regresión política argentina. La tan ansiada "unidad de todos" sería en realidad una suma de crisis orgánicas y en definitiva nada. A muchos "izquierdistas —o izquierdosos— se les presentará un dilema de hierro: ¿a la cola, en el parloteo?

Para los que se sitúan en la verdadera izquierda, la decisión es clara: con lo popular, sí, pero en una perspectiva propia e independiente. Para los socialistas —tomado este término genéricamente— la perspectiva es el socialismo, lo que no significa que la "etapa" inmediata sea socialista. Y a propósito de "etapas", esto es también algo que ha perdido vigencia teórica. El esquema de las limitaciones rígidas debe ser superado por la concepción de un todo que avanza por grados en la interacción y cambio de sus integrantes. Tampoco puede insistirse en el hábito libresco de "resolver" los conflictos con citas e imitaciones de soluciones válidas para otros momentos históricos. Y con ello deben ir desapareciendo muchos "ismos" personalistas.

En el vaciamiento regresivo argentino hay una izquierda que también se fue vaciando en formulaciones abstractas, tan generales como minúsculas son las tareas empíricas que se realizan. El vaciamiento regresivo se revela hoy en la superficialidad epidérmica en que se presentan los problemas cotidianos. La censura contribuye a que el deporte llene las pantallas de televisión. La censura, sin embargo, sólo oprime en parte: hay un vaciamiento mental, una incapacidad creciente de los estancados ante los nuevos problemas sociales e intelectuales. El miedo reaccionario a la inteligencia y a lo joven fue matando

inteligencias y cercenando juventudes. Una izquierda, por su propia declinación, se fue identificando con esa regresión y llega a considerar un orgullo su antiinteligencia en unos casos, su chato nacionalismo en otros.

La idea socialista —repetimos— debe ser integradora en la global y saberse y sentirse vanguardia. Si valora lo popular ante el liberalismo económico de la época oligárquica, ahora ha de ver lo popular en una perspectiva socialista y ésta en unidad con la revaloración de las ideas de libertad en lo político e intelectual. No debe ceder a la mediocridad izquierdista que teme hablar también de revolución científico-técnica. La teoría es previsión.

La izquierda debería dar el ejemplo de la necesidad de re-hacer el país. En un país en debate, más imperioso que querer salvar una formalidad reemplazándose un ordenancismo por otro, es poner ideas en movimiento en una amplia y profunda controversia de la cual surjan objetivos y planes concretos acerca de la "otra" Argentina por construir. La izquierda debe sacar a los argentinos del plazo corto, del ver cada vez menos, del solo salir ahora del pantano, de ese apuramiento lógico de los náfragos que no pueden aspirar más que en salvar cada uno su vida. La izquierda es objetivo largo o no es izquierda.

Lo nuevo no debe partir de restos inertes del pasado sino de lo realmente nuevo a elaborar. De una frescura que no deberá ya ser cristalizada en organización. La organización debe ser tan móvil como las ideas. No se trata sólo de cambiar el "rostro" en el socialismo: lo humano arranca de todo el cuerpo.

Esta crítica de la izquierda es desde la izquierda. Rechazamos las imputaciones desde la derecha aunque las fallas de la izquierda expliquen la crítica. Nuestra crítica de una trayectoria no significa que se desconozca todo lo grande y creador que hubo en el pensamiento de izquierda y socialistas desde fines del siglo pasado. Lo retoma. Hay memorables momentos a reivindicar, luchas heroicas del proletariado y las masas populares, combates periodísticos, tribunas y libros, una legislación obrera obtenida por la iniciativa de grandes representantes parlamentarios y la lucha gremial, un sacrificio doloroso y fecundo, sangre, sudor y lágrimas. Es pues inadmisibles que subsista el término "cipayo" aplicado al socialismo de una época y que se utilicen calificativos injuriantes a notables esfuerzos izquierdistas de otras épocas. Criticar teóricamente a una izquierda que no supo ver y apreciar fenómenos populares de gran envergadura no significa considerar que la izquierda y el socialismo argentinos nacen con el populismo. Este debe también autocriticarse.

Pero lo que más importa en el tema tratado es que en la izquierda de hoy se reflexione, tras el panorama trazado, acerca de por qué y cómo la izquierda se ha destruido tanto a sí misma. Responder, pues, al problema planteado. Y definir y concretar las nuevas perspectivas.

Icaria

PARA UN REPLANTEO DEL SOCIALISMO ARGENTINO

La aparición del libro *Juan B. Justo y la Cuestión Nacional* en Buenos Aires, constituye, sin lugar a dudas, un hecho político. Marca la iniciación de un período de replanteo crítico y a la vez de rescate de la tradición obrera y socialista argentina.

Juan B. Justo, con sus aciertos y sus limitaciones, fue el fundador, en 1896, del Partido Socialista, y su orientador durante varias décadas. Socialista reformista, intuyó las características históricas del partido obrero: partido de clase, internacionalista, partidario de la socialización de los medios de producción y de cambio. "El socialismo —definía en 1902— conduce al pueblo obrero a la conquista del poder político, a apoderarse de la fuerza del Estado para moderar la explotación capitalista hasta abolirla por completo".

Pero su mayor aporte fue la caracterización del desarrollo económico argentino. En 1908, el socialista "ortodoxo" italiano Enrique Ferri, de paso por Buenos Aires, sostuvo que la Argentina no era un país capitalista industrial —como los Estados Unidos o los países desarrollados europeos—, y por lo tanto el Partido Socialista no resultaba viable. Era una "flor exótica en el Río de la Plata". Justo refutó la tesis, sosteniendo las particularidades del desarrollo capitalista agrario de la Argentina.

Para Ferri el socialismo solo correspondía a un estadio de la evolución de las sociedades humanas y se produciría en los países capitalistas más avanzados. Era el ABC que predicaban algunos socialistas europeos. Sin gran desarrollo capitalista, sin gran industria y una numerosa clase obrera no se podría realizar el socialismo. En realidad, Marx había razonado en función del sistema capitalista tomado en general. El error consistió en que algunos de sus discípulos "ortodoxos" —Carlos Kautzky, entre otros— quisieron aplicarlo al estudio de la realidad de cada país, en bloque, como un sistema cerrado.

No advirtieron la discontinuidad de crecimiento de los distintos países desarrollados y los atrasados y la aparición del imperialismo. Los marxistas ortodoxos o "economicistas" negaban de esta manera la interpretación dialéctica de la sociedad y cayeron en un determinismo antidualéctico. El esquema de Kautzky comenzó a resquebrajarse con la revolución rusa de 1905. En aquel primer asalto al régimen zarista las organizaciones obreras se pusieron rápida-

mente al frente del movimiento y si bien sus principales consignas eran democráticas, afloraron las reivindicaciones de carácter socialista.

En ese sentido, Justo le respondió a Ferri basándose en el análisis de Marx sobre la llamada "colonización capitalista sistemática". Por algo fue el primer traductor de *El Capital* al castellano. Haya de la Torre tomaría la tesis de Justo para afirmar que el imperialismo en los países atrasados constituye una etapa anterior al capitalismo.

El límite del pensamiento justista, y de su práctica política, estuvo dado por una aplicación mecánica de algunos conceptos económicos de Marx y Engels para los países europeos, y que puede especialmente apreciarse con su aceptación del librecambio. En cuanto a la política de poder —que incluye la política de alianzas—, no supo dotar al partido de un camino concreto.

La posición librecambista, con los años, y frente a la realidad nacional, sería moderada por Justo, hasta abandonarla al final de su vida. La cuestión del poder no tuvo resolución, y el viejo Partido Socialista navegó sin rumbo desde los años 30 hasta su profunda crisis.

Hay que anotar, sin embargo, que dos discípulos de Justo profundizarían su pensamiento en los años siguientes: José Luis Pena, en su libro *Patrón oro y librecambio?* (Ed. La Vanguardia, 1936), apoyó la tesis proteccionista; y Rómulo Bogliolo en su obra *Hacia una economía socialista* (Ed. La Vanguardia, 1945), plantearía las primeras bases concretas de un camino socialista para el país.

Posteriormente, y ya en nuestra época, varios pensadores socialistas contribuirán a un replanteo de los viejos esquemas, actualizando la orientación: Leopoldo Portnoy, Eduardo C. Schaposnik, Alfredo C. Rodríguez, Enrique Vázquez y Alejandro Rofman. Fuera del socialismo tradicional, otras experiencias han enriquecido el pensamiento de la izquierda argentina: los trabajos de Sergio Bagú, Marcos Kaplan, los del grupo Fichas, de Julio Godio, Mónica Peralta Ramos, los del grupo *Pasado y presente*.

EL PROBLEMA NACIONAL EN JUSTO

Pero si Justo no había accedido a la *teoría de la dependencia*, se acercó al problema nacional con sólidas manifestaciones antiimperialistas. Este libro que comentamos y que reúne algunos de sus trabajos, refleja en forma incontestable el pensamiento del viejo fundador del Partido Socialista argentino.

Es necesario recordar que las obras clásicas sobre el imperialismo se publicaron casi en la segunda década del siglo. Kautzky publica su tesis sobre el problema nacional y colonial a principios del siglo, y en la década del 20 aparece *El imperialismo, última etapa del capitalismo*, de V. I. Lenin; luego Rosa Luxemburgo da a publicidad su polémico libro *La acumulación del*

capital (1913). Se conocen después *El capital financiero* de Rodolfo Hilferding y los trabajos de Otto Bauer, Nicolás Bujarin y Carlos Renner. Por esos años comienza a difundirse fuera de Rusia, *La cuestión nacional y colonial* de José Stalín, trabajo escrito en 1911.

Por ésto tiene importancia que en 1898, Juan B. Justo en su conferencia *La teoría científica de la historia y la política argentina*, afirmara: "El progreso económico nos ha incorporado de lleno al mercado universal, del que somos una simple provincia. Esa división internacional del trabajo exige que hagamos inteligentemente nuestra propia gerencia, si queremos conservar nuestra autonomía. Si, atentos únicamente al lucro inmediato, olvidamos que en las sociedades modernas cada hombre tiene un papel político que desempeñar, seremos una simple factoría europea, con una apariencia de independencia política hasta que quieran quitárnosla, o alguna nación más fuerte nos acuerde su humillante y cara protección". Y agregaba como conclusión: "una nación trabajadora consciente es la que puede defenderse de las imposiciones del capital extranjero, del capital cuyos dueños están fuera del país y que ya abarca nuestros principales medios de transporte".

Dos años antes, al hablar sobre la acción obrera afirmaba: "¿Cómo no van a comprender que son explotados los trabajadores del ferrocarril, si saben que todos los años van a Inglaterra miles de libras esterlinas para ser distribuidas entre accionistas, que tal vez ignoran dónde está su ferrocarril?" (*La realización del socialismo*, pág. 32, Ed. La Vanguardia, 1947). *El Diario del Pueblo*, según consta en su primer editorial, escrito por Justo el 1º de octubre de 1899, estaba dirigido a luchar contra "la tiranía de las empresas extranjeras que monopolizan las grandes vías públicas". En *Teoría y Práctica de la Historia* Justo diagnosticaba: "Los rieles no han sido tendidos en este suelo para el cambio de productos y llevar los frutos del país a los puertos de explotación. Y los rieles continúan avanzando, para anexar nuevos territorios al dominio del capital". Varios años antes, refiriéndose a la influencia del capital inglés había afirmado: "Lo que no pudieron los ejércitos, lo ha podido entretanto el capital inglés. Hoy nuestro país es tributario de Inglaterra".

Para Justo la solución no era otra que la nacionalización de los ferrocarriles: "No menos evidente es la necesidad de nacionalizar los ferrocarriles que sólo la sorpresa y la improvisación de su primer desarrollo han podido establecerse como empresas privadas". "Nunca se patentiza tanto el despojo —afirmaba— como cuando lo hace una colectividad extranjera que vive fuera del país despojado" (*Teoría y Práctica de la Historia*, págs. 37, 65 y 487, Ed. La Vanguardia, 1948, y *La Nación*, del 16 de agosto de 1896).

El libro contiene trabajos acerca del papel del imperialismo inglés en la Argentina (*El nuevo nacionalismo, El capital extranjero, El tributo argentino al fisco extranjero*); sobre la acción del imperialismo yanqui (en Puerto Rico, México y Nicaragua); se trata la cuestión indígena y se reproduce uno de los trabajos más importantes de Justo sobre la estrategia socialista en lo que

denominó *La América indolatina*: "Sólo la organización obrera —decía Justo en 1925— puede amalgamar la población productora de cada uno de estos países en una conciencia histórica común. La Nación o las naciones de Centro y Sudamérica comenzarán realmente a existir cuando la clase trabajadora de estos países sea esclarecida y espiritualmente homogénea. El movimiento obrero latinoamericano en antagonismo con el capital extranjero, tiene que ser nacionalista, nacionalismo sustancial porque tenderá, ante todo, a redimir material y moralmente al proletariado".

En ese trabajo Justo señalaba la necesidad de "proclamar la afinidad fundamental y la solidaridad necesaria entre el movimiento político de la clase trabajadora; a describir las formas espúreas del capitalismo, que agravan en nuestra América la miseria y la ignorancia de las masas, como resultado de la política criolla de las oligarquías (latifundismo, mala moneda, bancos oficiales corrompidos y corruptores, concesiones podridas a empresas nacionales y extranjeras, endeudamiento nacional galopante, iglesia oficial, fraude y violencia electoral)" y agregaba que "era necesario demostrar que en la América indolatina el movimiento agrario y el movimiento obrero sólo son posibles y eficaces cuando lo mueven vastos y hondos ideales sociales".

CONSTRUIR EL PRESENTE

La publicación del libro de Juan B. Justo se inserta, entonces, en una tarea de rescate de la tradición socialista, que hoy movimientos como la Confederación Socialista Argentina reafirman, al mismo tiempo que tratan de enjazarlo con las nuevas experiencias de la clase trabajadora. Este es el desafío que los argentinos debemos asumir con plenitud y autenticidad: unir para la acción política los principios y concepciones del socialismo histórico con la tradición forjada en la lucha de los trabajadores en las tres últimas décadas de vida social.

Esto quiere decir que las características del socialismo argentino (partido de clase, internacionalista, adscripto a la teoría y a la práctica del socialismo científico), en nada se oponen a la experiencia de lucha de los trabajadores a partir de 1945. De esta última tradición muchas veces espontánea y creadora, la Confederación Socialista Argentina hace suyos los momentos más altos de su política transformadora (los programas de La Falda y de Huerta Grande y la Declaración del 1º de Mayo de 1968 de la CGT de los Argentinos).

Los socialistas debemos unir la conciencia histórica con el movimiento obrero y popular. Las primeras huelgas obreras finiseculares, los 1º de Mayo sangrientos de 1909 y 1910; el Grito de Alcorta, la Semana Trágica, la Reforma Universitaria, la lucha antioligárquica en los años de la "década infame"; la huelga general de enero de 1935, la construcción de la CGT única y poderosa; la ley 11.729 de despídos; la organización de las comisiones obreras de fábrica y de empresa; la ley 14.250 de convenciones colectivas de trabajo, el Mayo cordobés, son jalones de un pasado rico en experiencias. Pero ahora tenemos la obligación de construir el presente.

EL CAMINO DE LA UNIDAD

La experiencia socialista argentina, con sus períodos de crecimiento o retroceso, no puede relegarse al olvido. La crítica maniquea o la exaltación de una "edad dorada" poco pueden ayudarnos a comprender los grandes lineamientos necesarios para esta hora. Es necesario un replanteo, crítico, conciente, creador.

Juan B. Justo y Germán Ave Lallemand representaron los pasos iniciales del movimiento ideológico de la izquierda argentina en sus dos vertientes: la reformista y la marxista. Enrique del Valle Iberlucea aportó en 1902 su obra *El materialismo histórico*, con la que trajo al Río de la Plata las orientaciones de Antonio Labriola.

Alfredo L. Palacios y Mario Bravo —entre otros—, iniciaron la legislación obrera; el socialismo argentino fue pionero del mutualismo, el cooperativismo de consumo y agrario y del gremialismo proletario. Dio penmanencia a la prensa obrera: *El Obrero*, *El Socialista*, *La Vanguardia*, *El Diario del Pueblo*, *la Revista Socialista Internacional*, *Humanidad Nueva*, *la Revista Socialista*, *Claridad*, *Vida Femenina*, *Acción Socialista* y muchas otras

En los años 30, la "izquierda socialista" (Ernesto Giudici), primero y el Partido Socialista Obrero —primer ensayo de socialismo de masas—, dieron vida a intentos de renovación. El PSO fracasó por la inexperiencia de sus dirigentes, el sectarismo "enrista" de los trotskistas y la acción negativa del viejo Partido Comunista que vio el peligro de una "competencia" en la franja de la izquierda y se dedicó a destruir aquella posibilidad.

En los años 40 y 50 figura la acción esclarecedora de Adolfo Rubinstein, Alfredo López, Arnaldo Orfila Reynal, Julio V. González. Asimismo, Dardo Cúneo, Ernesto Janín y otros militantes dieron vida a *Acción Socialista*. En esos intentos de renovación se inscribieron los esfuerzos de la malograda Leonilda Barrancos, de la juventud socialista y su revista *Futuro*, de *El Iniciador*, de los *Cuadernos de Mañana*. Está presente en los trabajos juveniles de Andrés López Acotto y en el grupo *Sagitario* que alentó Carlos Sánchez Viamonte.

Ya en nuestra época, el debate socialista, por nuevos caminos, se produjo —en los años sesenta— en la revista *Situación*. La óptica latinoamericanista, inspirada en Julio V. González y Alfredo L. Palacios, fue retomada por Gregorio Selsler. En los primeros trabajos de Pablo Giussani, también se formulan los interrogantes acerca del rumbo.

La crítica y el debate están presentes en publicaciones juveniles: *Nueva Izquierda* (1963), en trabajos de Oscar J. Serrat; en *Argentina Socialista* (1963-1966) y en *Futuro* (1969-1970). Los *Cuadernos de La Plata* (1969-1972) también contribuyen al debate. Pero es con *Argentina Inédita* (1973-1976) donde está en gérmenes la nueva orientación que va a plasmar orgánicamente

en la Confederación Socialista Argentina, nacida en 1974, y que se abre como posibilidad para reagrupar a la izquierda argentina y dar una perspectiva socialista a estos años contradictorios, complejos, de lucha y de esperanza. El camino está abierto, hay que recorrerlo con fervor y espíritu crítico.

La presentación del libro de Juan B. Justo, el 4 de setiembre de 1980, en Buenos Aires, inició en cierta medida, la búsqueda de una nueva perspectiva. Alfredo Bravo, un hombre de las nuevas promociones de dirigentes sindicales participó con Oriente J. Cavalieri, veterano dirigente socialista que en 1945 participó de la experiencia peronista, en la presentación del libro. Un acto que constituyó un hecho político de significación. Ahora hay que darle forma a este nuevo proyecto para lograr la liberación nacional y social de la Argentina, sobre la base de la constitución de una democracia de nuevo tipo.

EN TEORIA

Director: Ludolfo Paramio

La revista teórica del pensamiento social actual

Edita: Zona Abierta Editores S. A.

Las Fuentes 12, sótano izquierda

Madrid (13), España

CUADERNOS DE ECONOMIA SOCIAL

Instituto Argentino de Investigaciones e Información
sobre Economía Cooperativa, Solidaria y Pública

Director: Arturo Vainstok

Redacción y administración: Moreno 1729,
Capital Federal (1093), Argentina

DAVID Y GOLIATH

Boletín del Consejo Latinoamericano de
Ciencias Sociales (CLACSO)

Avenida Callao 875, piso 3º "E", Capital Federal
(1023) Argentina

José Aricó

OTTO BAUER Y LA CUESTION NACIONAL

En una nota necrológica motivada por la muerte de su amigo y camarada de lucha, Max Adler, tres años después de la trágica derrota del movimiento obrero y socialista austriaco, Otto Bauer trazó un cuadro preciso de las condiciones históricas y sociales que permitieron la eclosión, en el centro de Europa, de un movimiento teórico y político que hoy se nos aparece como la tentativa más acabada de prosecución del discurso marxiano en las nuevas condiciones de la sociedad europea de inicios del siglo XX. Nos referimos al austrorromarxismo, un movimiento de tal envergadura teórica que después de tres décadas de ocultamiento reaparece vigorosamente en el actual debate sobre la naturaleza de la concepción marxiana del estado y sobre la posibilidad de existencia de una teoría política *marxista*.

Según Bauer, a finales del siglo pasado se agudizó la crisis del viejo estado habsburguiano, crisis que provocó la rápida decadencia de los dos partidos históricos que habían ocupado la escena política desde los años 60. Tanto el clericalismo feudal, como el liberalismo burgués, son sustituidos por el movimiento pequeñoburgués de los cristianos sociales y del nacionalismo, que expande progresivamente su influencia sobre todo entre los intelectuales. El ascenso nacionalista exasperó los conflictos entre las nacionalidades que formaban parte del Imperio austro-húngaro y cuestionó seriamente el ordenamiento plurinacional del estado. Es en ese proceso de disgregación de la vieja forma estatal y de sus expresiones partidarias cuando se desarrolla la socialdemocracia. Ya en su Congreso de Haifeld, en 1889, el Partido socialdemócrata austriaco apareció como una organización unitaria capaz de aglutinar en torno a un proyecto común a una diversidad de realidades culturales e instancias políticas hasta ese momento sujetas a la dispersión. El hecho de expresar los intereses emergentes de aquella sociedad industrial que —gracias a la revolución tecnológica de fines de siglo— crecía rápidamente en un contexto agrario y pequeñoburgués, y de tener que representarlos en una realidad económica y cultural bastante diversificada y multiforme, torna a la socialdemocracia austriaca sensible a las problemáticas de la política y de la ideología, que precisamente por aquellos años habían emergido en los debates del movimiento socialista europeo.

La cisura entre "teoría marxista" y "socialismo práctico", entre doctrina y movimiento, que el debate en torno a las posiciones de Bernstein puso claramente de manifiesto, constituyó la materia fundamental de reflexión de

la intelectualidad austriaca que el acelerado crecimiento socialdemócrata logró atraer. Es así como surgió en el interior del movimiento estudiantil socialista vienes una joven escuela marxista, cuyos representantes más prestigiosos eran Max Adler, Karl Renner y Rudolf Hilferding, a los que se les unieron un poco más tarde Gustav Eckstein, Friedrich Adler y el propio Bauer. "Crecida en el terreno académico, en confrontación con las corrientes culturales que atravesaban el mundo académico de aquellos años, esta joven escuela marxista se encontraba más próximas a los filones culturales de la época de cuanto lo había estado la precedente generación marxista de los Kautsky, los Mehring, los Lafargue y los Plejánov".¹ Lo que unía a este grupo de jóvenes intelectuales que conformaban una comunidad espiritual a la que se comenzó a designar desde comienzos de siglo como *austromarxista* no era una particular orientación política, sino la naturaleza peculiar de su trabajo científico. Como relata el propio Bauer: "Todos crecieron en una época en la que hombres como Stammler, Wildenband y Rieckert combatían al marxismo con argumentos filosóficos; así estos compañeros sintieron la necesidad de confrontarse con las modernas corrientes filosóficas. Si Marx y Engels habían partido de Hegel, y los marxistas que los sucedieron, del materialismo, los más jóvenes 'austromarxistas' se basaron en parte en Kant y en parte en Mach. Por lo demás, en los ambientes universitarios austriacos ellos debían confrontarse con la llamada escuela austriaca de economía política; y también esta confrontación influyó sobre el método y la estructura de su pensamiento. Finalmente, en la vieja Austria sacudida por los conflictos de nacionalidades, todos debieron aprender a aplicar la concepción marxista de la historia a los fenómenos complejos que no toleraban un uso superficial y esquemático del método de Marx. Se formó así en el ámbito de la escuela marxiana una comunidad espiritual (*Geistesgemeinschaft*) a la cual, para distinguirla por un lado de la precedente generación marxista —representada sobre todo por Kautsky, Mehring y Cunow—, y por la otra de las contemporáneas escuelas marxistas de los demás países, y en especial de la rusa y de la holandesa, ambas desarrolladas bajo influjos culturales sustancialmente diversos, se le ha dado el nombre de *austromarxismo*".²

La socialdemocracia austriaca creció bajo la orientación doctrinaria del marxismo kautskiano aunque la vigorosa personalidad de Viktor Adler desde los inicios imprimió a su acción práctica un sello particular. Diferenciándose de esta tradición, el *austromarxismo* se constituyó en un centro de coordinación de una política cultural y de un estilo de trabajo nuevos, en torno al cual se operó la agregación de intelectuales provenientes de diversas orientaciones. Aparece como una tendencia relativamente autónoma en el interior del movimiento obrero austriaco cuando funda su organización propia y sus propios medios de expresión. En 1903 se constituyó la "Zukunft-Verein", que un año después organizó una importante escuela obrera. En 1904 también se inicia la publicación de una de las más importantes iniciativas científicas de la cultura

marxista de la época, los *Marx-Studien*, volúmenes de periodicidad irregular dirigidos por Max Adler y Rudolf Hilferding, en los que aparecen trabajos de fundamental importancia para el marxismo teórico, como por ejemplo: *Die soziale Funktion der Rechtsinstitution* (La función social de las instituciones jurídicas) de Karl Renner, y *Kausalität und Teleologie im Streite um die Wissenschaft* (Casualidad y teleología en la disputa sobre la ciencia) de Max Adler (vol. I, 1904). *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie* (La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia) de Otto Bauer (vol. II, 1907); *Das Finanzkapital* (El capital financiero) de Rudolf Hilferding (vol. III, 1910); *Die Staatsauffassung des Marxismus* (La concepción marxista del estado) de Max Adler (vol. IV, 1922). En octubre de 1907, año en que conquistado el sufragio universal tanto el Partido socialdemócrata como el Partido cristiano social obtuvieron una gran victoria electoral que los convirtió en las dos fuerzas principales del electorado austriaco, se inició la publicación de la revista teórico-política *Der Kampf* (La lucha), fundada por Otto Bauer junto con Karl Renner y Adolf Braun.

La necesidad de crear un ámbito propio de expresión surgió de la nueva perspectiva abierta por la escuela marxista de Viena en el interior de la socialdemocracia austriaca. Pero esto implicaba un distanciamiento cada vez mayor con la política cultural llevada a cabo por Kautsky desde *Die Neue Zeit*, el órgano científico de la socialdemocracia alemana que hasta ese momento había sido también el de la austriaca. De tal manera, y sirviéndose de sus propios instrumentos ideológicos, los *austromarxistas* pudieron realizar una confrontación productiva con esa cultura de la gran Viena de las primeras décadas del siglo que aun nos sigue asombrando por su carácter verdaderamente excepcional: Una cultura expresada en el campo del derecho por las teorías de Hans Kelsen, con el que no casualmente Bauer y Adler tendrán discusiones cruciales en los años veinte; en el campo de la economía con aquella *Wiener Schule* de Carl Menger, Böhm-Bawerk y Wieser que en la disputa sobre el método había desbaratado a la *Historia Schule* alemana; en el campo lógico-científico por Ludwig Wittgenstein, que estableció un puente entre la cultura vienesa y el mundo anglosajón y por la *Wiener Kreis* de Carnap, Hahn, Neurath y Schlick, influida poderosamente por el pensamiento de Ernst Mach (autor que representó uno de los más importantes puntos de referencia del *austromarxismo*); en el campo literario por Hofmannsthal, Kraus, Musil, Roth, Zweig, Schnitzler, Bahr, Altenberg, etc.; en el campo de la música por Mahler, Schönberg y Richard Strauss; en el campo de la arquitectura por Hoffmann, Loos, Wagner, etc.; y, finalmente, en el campo del psicoanálisis, por su fundador Sigmund Freud, del cual Bauer era amigo personal y admirador.

Resulta imposible pensar en la maduración de una escuela como la *austromarxista* sin este excepcional clima cultural que hizo de Viena el centro de la cultura mundial en las dos o tres primeras décadas del siglo. Porque únicamente en una relación productiva con la alta cultura contemporánea el marxismo podía dar respuestas a los interrogantes planteados por la crisis provocada por Berstein. En el centro de la iniciativa de los *Marx-Studien* como en el proyecto

¹ Otto Bauer, Max Adler, *Ein Beitrag zur Geschichte des "Austromarxismus"*, en *Der Kampf* (Praga), año IV, 1937, pp. 297-302.

² Otto Bauer, "Austromarxismus", en *Arbeiter-Zeitung*, 3 de noviembre de 1927, p. 1. Ahora en AAVV, *Austromarxismus*, Frankfurt, 1970.

más vasto de *Der Kampf* estaba en primer lugar el propósito de encontrar una salida al debate artificial entre ortodoxia y revisionismo, de establecer una confrontación política no sólo con Bernstein, sino también con el propio Kautsky. Negándose a compartir las consecuencias radicales del revisionismo bersteiniano, tanto Bauer como Adler acogieron la instancia crítica por él planteada en relación con el doctrinarismo ortodoxo de Kautsky: el señalamiento de la complejidad del proceso histórico de desarrollo del capitalismo, que no podía ser encerrado dentro de un esquema rígido y unilateral. Pero de aquí ambos pensadores extrajeron una consecuencia que se colocaba fuera de la perspectiva planteada por Bernstein: la necesidad de poner en el centro del debate del movimiento socialista el problema del estatuto de la teoría marxista, o sea de la adecuación de la forma teórica y de los instrumentos predicativos a las nuevas tendencias de desarrollo de la formación social, a los fines de penetrar, como escribía Bauer en el artículo de 1927, aquellos fenómenos complejos que no toleraban un uso superficial y esquemático del problema de Marx.

Pero esta reconsideración teórica, a la que se sumaba el énfasis puesto en la conquista de una nueva "orientación científica" en el examen de las cuestiones, no podía menos que implicar una nueva formulación del problema de la relación entre intelectuales y socialismo y, finalmente, de la cuestión del partido político del proletariado. Separándose de la formulación mecánica y naturalista hecha por Kautsky de la relación entre teoría y movimiento, el austromarxismo asumió como punto de partida de su reflexión la aceptación del postulado revisionista de la no identidad entre marxismo y socialismo. No ya para perpetuarlo, como hizo Bernstein, sino para plantear de una manera más articulada el problema de su reunificación, en un nivel más elevado y complejo de la organización capitalista y de la lucha de clases. La formulación dada por los austromarxistas al problema de la relación entre intelectuales y clase obrera divergía por tanto radicalmente de la kautskiana y ponía el acento correctamente sobre los efectos de complejización de la estructura social producidos por las nuevas tendencias del capitalismo. De ahí entonces la necesidad de una nueva orientación científica que recalificara al marxismo como una sociología capaz de explicar la variedad de los procesos moleculares a los que daba el desarrollo desigual de la formación social capitalista.

La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia expresa esa fuerte tensión hacia un nuevo examen de los problemas de la realidad que caracterizó al austromarxismo. Frente a la compleja realidad de la estructura plurinacional del estado habsburguiano, hubo en el interior de la escuela "austromarxista" dos posiciones aparentemente afines que sólo mostraron su antagonismo después de la primera guerra mundial. Mientras que en Karl Renner la nación es vista como sujeto jurídico y momento de una unión pluralista que da lugar a la unidad del estado, en Bauer es concebida como "comunidad de destino", como un complejo de elementos histórico-culturales en transformación que no puede por lo tanto establecer una línea de continuidad con el estado, del mismo modo en que la voluntad colectiva no puede ser identificada con la voluntad abstracta del estado. Esta concepción de Bauer lo lleva a reintroducir

los fenómenos nacionales en los problemas complejos de las luchas de clases que se desenvuelven en el curso de desarrollo de una formación social. De aquí deriva su teoría del odio nacional como un odio de clase transformado y su análisis del "despertar de las naciones sin historia". Sin embargo, su oposición al organicismo renneriano no lo condujo como muchos de sus contradictores pensaron a considerar a la nación como una categoría "natural". Antes bien, se lo podría acusar —como hicieron Lenin y Stalin— de una reducción de la nación a un hecho meramente "cultural".

Otro aspecto que distancia a Bauer de Renner es la relación que establece entre la época del capitalismo maduro, de los carteles, de los trusts, de los grandes bancos, es decir, del imperialismo, y el principio de nacionalidad, que "traicionado por la burguesía, se transforma en una posesión segura de la clase obrera". Es esta posición de Bauer lo que según Lenin lo hace defendible frente a las críticas de Rosa Luxemburgo. Por lo que entonces puede afirmarse que más allá de las deformaciones psicológicas contra las que polemizó Lenin en su artículo *Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación*, el análisis de Bauer expresaba ya antes de la guerra la exigencia de redefinir en términos antieconomicistas el carácter de la lucha de clases en la época del imperialismo. De ahí que aunque su propuesta de una federación de naciones autónomas en el interior del estado austriaco pareciera semejante a la de Renner, en realidad lo distanciaba el hecho de que Bauer concibiera esa propuesta simplemente como una solución provisional y no como un "modelo" impermeable a la lucha de clases. Cuando en 1924 prologa una nueva edición de su libro, no obstante reconocer que su programa político de 1907 había quedado sepultado por la historia, recalca que su "exposición histórica de la génesis y del desarrollo de las naciones no había sido rectificada sino confirmada por los acontecimientos e investigaciones sucesivas. Lo ocurrido en la Europa central y sudoriental luego de la guerra mostraba cuán acertado había estado Bauer al describir el despertar de las naciones sin historia como uno de los más importantes fenómenos concomitantes con el moderno desarrollo económico y social.

A más de setenta años de la aparición de esta obra maestra nadie puede negar su importancia trascendental en la historia del marxismo. A partir de ella la investigación de la cuestión nacional se apartó de los horizontes tradicionales, recurriendo para el examen del problema a los conocimientos aportados por la ciencia social de la época. Sin embargo, el aporte baueriano desencadenó en su momento ásperos debates en los que intervinieron Kautsky y Lenin. "Mi definición de la nación —recuerda Bauer— tropezó en el campo de la escuela marxista con una fuerte resistencia de la que Kautsky fue el principal portavoz". En su respuesta a las críticas de éste, Bauer destacó lo que constituye el fundamento de su investigación y que lamentablemente no pudo profundizar: la doctrina de las formas sociales, a partir de la distinción de Tönnies entre comunidad y sociedad, y del hecho de que la nación concebida por Kautsky

como una comunidad de lengua, es según este esquema, una sociedad.³ En su prefacio de 1924, Bauer procederá a un análisis crítico de su enfoque metodológico, pero como ya dijimos no cuestionará la esencia de su teoría.

Los austroroxistas, y entre ellos Bauer en primer lugar, fueron los únicos en consagrarse a un verdadero estudio científico del problema y por lo tanto los únicos auténticamente "marxistas" en el verdadero sentido de la palabra. Cualesquiera sean las críticas a que hoy podamos someter una obra teórica de la magnitud de la que estamos comentando, no podemos de ninguna manera desconocer su importancia. Por lo que no deja de sorprender —y esto constituye por sí mismo todo un campo de indagación sobre la forma en que el cuerpo teórico del marxismo penetró en el movimiento social— que a pesar de los años transcurridos *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia* no haya sido aún editada en otros idiomas que el original y que en la propia área alemana, desde 1924 en adelante nadie pensara en la utilidad de reeditarla.⁴ ¡Aunque resulte curioso, tampoco es casual que en estos días haya aparecido una edición en catalán y se anuncie otra en idioma... occitano! Si como acostumbraba recordar Bauer, cada época debe tener su propio Marx, en la nuestra, tan compleja y contradictoria, donde observamos el pronunciado en crecimiento de luchas nacionales que corren violentamente hasta el propio interior del bloque de los países llamados "socialistas", ¿no habrá llegado la hora también de tener nuestro propio Bauer? Cuando trastabillan las viejas convicciones en una igualdad de destino que el análisis *económico* —o mejor dicho, *economicista*— atribuyó a todos los proletarios del mundo, releer los escritos de un teórico marxista que mantuvo imperturbable su fe en el triunfo del socialismo, pero que supo descubrir ya a principios de siglo la insoslayable presencia de una "comunidad de destino" resultante de la compleja e irreductible historia de cada nación y tanto o más importante que la primera, volver a las páginas del texto de Bauer, es una forma de mantenerse firmemente adherido al mundo real. Lo cual, además de ser la única forma en que los marxistas pueden seguir siendo tales, es el pie en tierra desde donde puede pensarse la posibilidad actual de realizar la consigna de Bauer de una unidad internacional construida no sobre la nivelación de las particularidades nacionales, sino sobre el pleno despliegue de su variedad.*

³ Otto Bauer, *Observaciones sobre la cuestión de las nacionalidades, en La Segunda Internacional y el problema nacional y colonial*. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 74, México, 1978, pp. 173.

⁴ Según las referencias incluidas en el escrito de Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional*, la editorial Serp publicó en 1909 una edición en ruso del libro de Bauer. No sabemos si volvió a publicarse luego de la Revolución de Octubre. En cuanto a la edición catalana, que sólo hemos visto anunciada, se titula *Sobre la cuestión nacional* y fue publicada por Edicions La Magrana, Barcelona, 1979. No podemos precisar si se trata de una antología o de la obra completa.

* Para la redacción de esta nota hemos consultado varias obras. Pero dejamos constancia de nuestro reconocimiento para con dos trabajos que ofrecen un muy buen cuadro de conjunto de la significación teórica y política del austroroxismo y de la figura de Bauer. Ellos son: 1) la introducción de Giacomo Marramao, *Austroroxismo e socialismo di sinistra fra la due guerre al volumen del mismo título editado por La Pietra*, Milán, 1977; 2) la presentación de Ivonne Bourdait a su recopilación *Otto Bauer et la révolution*, París, EDI, 1968. Nuestra advertencia sólo se ha limitado a glosar las fuentes indicadas, y en especial, la introducción de Marramao, extremadamente rica en ideas y sugerencias analíticas.

Enrique Eduardo Mari

LOS PAPELES QUE LOS FILOSOFOS ARROJAN AL ALBA

Do not go gentle into that good night...

Dylan Thomas

Vino muerte inútil de filósofos elaborada en el amanecer de ese gris domingo parisino del 16 de noviembre. Tejida de incoherencia y abatimiento —cierre de luz en una garganta, angustia en la otra— se descifró apenas en un grito casi gutural alertando desde la planta baja a Etienne, médico residente de la Escuela Normal Superior, uno de cuyos departamentos ocupaba desde la segunda guerra mundial por su condición de Secretario de letras: "Venga rápido. Soy Althusser. He matado a mi mujer".

Voz postrada de filósofos, partió de la enredadera de polvo de los estantes y la biblioteca una de esas tardes, quiero creer, en que armando un cigarrillo, restituía el rango científico de los manuscritos de un judío afrontando la peligrosa (o sea filosófica) aventura de buscar argumentos materialistas en los de otro judío, al que Borges describiera como de "tristes ojos y piel cetrina que había construido a Dios con delicada geometría".

Sólo el viento la arrastró por el patio, los senderos y las plantas del jardín, desbaratando la tenue esperanza de los colegas y alumnos, al precipitarla fuera de los muros y las ventanas de la Escuela: la prensa debe callarse, se ha culpado en estado de choc y por su cíclica depresión como lo haría un padre luego del suicidio de su hijo, la responsabilidad es un absurdo nacido de los rumores, los periodistas son croque-morts.

(—Usted comprende, los primeros elementos de la investigación no han probado nada. La policía ha venido sin hacerse notar y aconsejó simplemente transportar el cuerpo de Mme. Althusser al Instituto Médico Legal. Usted comprende, esto es un internado.)

El ritmo laborioso y recoleto de estudio, la vida reflexiva de una morada de 186 años no consistentes sin mediación ni intervalo, venimos de verlo, lo que sólo arrastra el viento, enemigo aquí del secreto y del olvido. Y hay que contar además —cómo no hacerlo— con la obstinada madeja de la lealtad de los amigos: aquello que ocurriera en un ala del edificio tenía que

perder el rostro como venía de hacerlo la penumbra de una nueva y fría mañana de París.

Grito autoacusatorio de filósofo necesitó de pruebas para ser creído. Las voces guardadas en los archivos por más que se vistan de vestiduras de ira, de venganza o de fatiga, rehusan ser reconocidas. Sin signos de violencia en esa buena noche, el circuito policial tuvo que disponer de pericias y confirmaciones para admitir las indicaciones del filósofo pues, salvo intervención fiscal, cualquier forma extrema de la autocrítica no es confiable, ni menos aún escrutable en otros volúmenes de quien ha hecho de la razón el ejercicio de toda una vida.

Cuando los filósofos marchan en el torbellino y la tempestad, y las nubes son el polvo de sus pies (Nahun 1,3) sus víctimas pasan muy levemente, casi sin notarlo, por el Cantar de los Cantares; quizá a lo sumo para espiar desde las celosías sus desventuras. Aunque haya transcurrido el otoño y cesado las lluvias, aunque se muestren en la tierra los brotes floridos, aunque haya llegado el tiempo de la poda y esparzan sus aromas las viñas en flor junto a los nardos, la mirra y las azucenas. Tampoco las víctimas de los filósofos pasan sin biografía, no bien huyen las sombras y comienza a refrescar el día.

(Madame Hélène Althusser, nacida Hélène Rytman, de 70 años de edad, socióloga, miembro de la Resistencia junto a Camus, ex asistente de dirección de Jean Renoir, protectora y a la vez crítica pública de algunos de sus trabajos, soportaba con dificultades las repetidas depresiones y enfermedad de Althusser, a quien no obstante asistiera permanentemente).

La autopsia verificó (es una cuestión de pruebas) que el hecho era irrevocable. Pero la captación de éste por la sociedad francesa entró en lo que podemos llamar un entramado simbólico no lineal. Al ser intuido que el drama era una sílaba hurtada al lenguaje de una lúcida conciencia, una mala sombra desprendida del último papel arrojado al amanecer, se pusieron en juego de inmediato distintos mecanismos que —al margen de unos pocos intentos de explotarlo con fines malevolentes de rentabilidad ideológica— permitieron su absorción en imágenes generales de respeto y pena. Ya los glossadores sabían que se puede al mismo tiempo comprender una cosa y engañarse respecto de ella.

Así, hospitalizado de inmediato en vista de su marcada depresión en el servicio de Pierre Deniker, en Sainte Anne, el director de la Escuela, Jean Bousquet, sale al cruce de "Le quotidien de Paris" negando que sus amigos hayan conspirado para sustraerlo a la policía, lo que es confirmado por la actitud oficial de los investigadores. El día anterior había declarado con solitud a un periodista: "Diga que aquí todos lo queremos". Guy Joly, Juez de Instrucción de París, presente con la intención de notificarle un auto de inculpación por homicidio voluntario renuncia a ese procedimiento al no parecer comprender Althusser el sentido del acto judicial. El magistrado se

conforma con un mandato de ser conducido a su despacho no bien su salud lo permita. Viejos contradictores enumeran tramos de su historia científica, le honestidad de su investigación teórica, su rigor conceptual. La prensa, por su lado, informa el episodio con una controlada semántica de prudencia y discreción.

Estamos ante expresos reconocimientos de que, antes y después de la tragedia, Althusser ha dejado mucho en la Rue d'Ulm. Más aún; estamos ante expresos, o sùtiles, reconocimientos de que así como los intelectuales enseñaron a Francia que "toda verdad está sujeta a condición política", así también la buena relación entre los intelectuales y Francia es una categoría política en la que difícilmente se encuentre algún espacio para marcar la aurora o el ocaso de éstos por sus ideas, ubicación política o controversias. La circunstancia de que Hugo y Baudelaire, Eluard y Prévert, Sartre y Althusser cada uno con sus convicciones y en su respectivo dominio, formen en conjunto un abanico de contestación, una Enciclopedia crítica y de oposición que Francia no evacúa según el uso primitivo de la censura y de la ley, parece inscripto en ancestrales y casi inconscientes estructuras de la racionalidad.

"Duro, demasiado duro", declaró Jacques Derrida, quebrado entre otros por la emoción, rehusando todo comentario. ¿Cómo analizar, no obstante el caso sin reducirlo a una de sus facetas jurídica, sociológica, psiquiátrica o filosófica?

Comencemos por la primera: a los Doctores del Derecho —lo sabe Legendre— no se les escapa ningún sector de la ciencia, estrictamente ninguno, incluida la muy vieja "Guía de los extraviados o perplejos": "No hay crimen ni delito cuando el prevenido está en estado de demencia en el momento de los hechos", reza el artículo 64 del Código Penal Francés según su texto y su grafía.

Una vez que se entra en el terreno de los legistas, no se articula por cierto la Regla sin paso a otras referencias: —la convicción paranoica de una persecución tiene a veces tanto peso que el enfermo creyéndose amenazado es víctima de pulsiones homicidas—, o bien, quieren decir, los homicidios aparentemente inmotivados de la esquizofrenia, o bien, quieren decir, la psicosis maniaco-depresiva con sus fases de agitación y melancolía en que el enfermo antes de eliminarse intenta hacerlo con su entorno más cercano, o bien, quieren decir, el enfermo está a tal punto embargado por la idea de la muerte que desea en su delirio salvar a sus seres queridos eliminándolos, o bien, quieren decir, la hipótesis del suicidio altruista, o bien, quieren decir,...

Como vemos, un inventario de hipótesis que la prensa necesita para situarse en la frontera de lo médico y lo policial.

Desde que la locura, empero, quiero a mi turno decir, amenaza a todos y a todo, desde que nos puede sorprender en todas partes, en el recodo de

cualquier camino (a la vuelta de cada página, quiero decir), ¿por qué entonces se produce una sensación tan compleja, de difícil descripción, si se la percibe, cualquiera fuese su grado y matiz, en quien lo racional ha sido el rasgo absoluto y dominante de una larga identidad? Es como si se pensara —lo sugiere L'Express— que a un filósofo le estuviera vedado enloquecer "normalmente", como si tuviera que hacerlo específicamente, como si algo faltase en ésto en que tuviera palabra ganada la filosofía.

¿Y no es ésto, acaso, quiero decir, un problema a ser tratado por filósofos y en filosofía? ¿O le faltan tesis y antítesis, del dato al infinito, a la filosofía? O no son los filósofos, quiero decir, expertos de la Escuela de Falret: "Si nosotros no nos ocupamos lo harán otros, y es mejor que nos ocupemos nosotros porque somos los más sabios y los más humanos (y así seremos los más poderosos)".

Ellos, sin embargo, que desde los tiempos de los griegos conocen al silencio como su modo propio de interrogar cuidadosamente una cosa; ellos, sin embargo, que en tiempos más cercanos aprendieron con Wittgenstein —de él hablábamos frecuentemente con Althusser— que "De lo que no se puede hablar es mejor callar", escrito en un Tractatus para ser arrojado al amanecer; ellos, sin embargo, que siglo tras siglo, paradoja tras paradoja, vienen acumulando argumentos para mostrar lo juicioso de suspender el juicio; ellos, sin embargo, decidieron con consistencia callar.

Es bueno rendirles justicia: debieron oscuramente sospechar, quiero decir, que entre el grito de Althusser y cada uno de ellos hay una relación oculta, inevitable, constante para interrogar, o sea —gramática del excepticismo— para callar.

Es bueno rendirles justicia: debieron confusamente intuir, quiero decir, que más allá del horror, entonadores de la metáfora y el asombro, las fuertes que los filósofos arrojan al alba son los papeles que arrojan al alba los filósofos, quiero decir, bajo la forma más aguda y extrema de la contradicción. Y su destino, lo supo Raúl González Tuñón, consta en la metafísica de la poesía, no en la de la profesión:

"...Y sólo el viento respondió
con su eterno arrastrar de papeles "inútiles
que arrojan al alba los filósofos".

Es bueno rendirles justicia: debieron profundamente comprender, quiero decir, que el grito de Althusser y estos papeles arrancados del libro de la filosofía (El me respondió: Toma y cómelo y amargará tu vientre, mas en tu boca será dulce como la miel) no son secretos a revelar con voces propias de la filosofía: "...y en su mano tenía un librito abierto. Y poniendo su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra, gritó con poderosa voz como león que ruge. Cuando gritó hablaron los siete truenos con sus propias

voces. Cuando hubieron hablado los siete truenos iba yo a escribir, pero oí una voz del cielo que me decía: "Sella las cosas que han hablado los siete truenos y no las escribas" (Apocalipsis, 10).

(Hasta tanto deban estar selladas las cosas, un piadoso recuerdo para Madame Althusser y a Louis Althusser nuestro rechazo a hablar de él en tiempo imperfecto).

De una lectura del diario "Le Monde", 18 y 19 de noviembre de 1980.

CRITICA & UTOPIA

Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales

Director: Francisco Delich

Defensa 593, piso 3º, Capital Federal
(1065) Argentina

BOEDO

Revista popular argentina

Director: Omar Guillermo López

Jefe de redacción: Alfredo O. Carlino

Pasaje San Ignacio 3611, Capital Federal
Argentina

ETCETERA

Sobre arte y literatura

Directores: Daniel Vilá y Horacio Redondo
Casilla de Correo N° 37, Sucursal 49 B
Buenos Aires, Argentina

VERTIENTE

Publicación juvenil

Editores: Rafael Rofman y Marcelo Dumas
Avenida Rivadavia 2009, piso 2º "E", Capital Federal
(1033) Argentina

Cuando en 1923 se publicó en la URSS la traducción al ruso de los *Diez días que conmovieron al mundo*, Nadiezhdá Krúpskaia, en el prólogo que compuso para la obra, dijo de su autor: "Resulta extraño a primera vista que este libro lo haya escrito un extranjero, un americano, que ignora la lengua del país y sus costumbres. Al parecer, tendría que haber caído a cada paso en los errores más ridículos y omitido factores esenciales".

Hoy, a poco más de sesenta años de la muerte de John Reed, lo que en aquel momento aparecía como un interrogante para Krúpskaia, constituye aún un motivo de peregrinidad no sólo para el lector común sino también para el conocedor de la obra que no se haya aplicado a un análisis sistemático de su trayectoria y su vida.

Fue la misma Krúpskaia la que adelantó una primera explicación de la cuestión que planteaba al señalar que "John Reed no fue un observador indiferente, sino un revolucionario apasionado", lo que hacía que pudiera comprender "el sentido de los acontecimientos, el sentido de la lucha".

Albert Rhys Williams, en su breve esbozo biográfico sobre Reed, adopta el mismo punto de vista que Krúpskaia cuando asevera que "si no puede decirse que fue Rusia la que hizo de John Reed un revolucionario sí, en cambio, lo transformó en un revolucionario consecuente y de mentalidad científica". Y Williams añade: "Rusia llevó a su mesa de trabajo los libros de Marx, Engels y Lenin. Lo ayudó a comprender el proceso histórico y la marcha de los acontecimientos. Lo ayudó a trocar sus puntos de vista humanistas un poco vagos por los hechos escuetos y rudos de la economía política. Lo ayudó a convertirse en un educador del movimiento obrero norteamericano y a esforzarse por situarlo sobre aquellos cimientos científicos en los que él mismo había terminado por asentar sus convicciones".

Devoción a la causa de la revolución y solvencia teórica: ésas son las características que tanto Krúpskaia como Williams destacan en Reed. Pero no siempre esas cualidades acompañaron al autor de "México insurgente" y, en una tentativa de aproximación a él, sorprenden la coincidencia de los rasgos de individualismo que marcaron la primera etapa de su vida con la ferviente militancia y adhesión al socialismo de sus últimos años.

El contacto de Reed, primero con el marxismo y luego con el leninismo es, si indispensable, insuficiente para explicar su evolución de una a la otra de estas actitudes contrastantes y es necesario analizar su vida, la evolución de su pensamiento y sus contactos con las distintas expresiones del movimiento obrero y popular para alcanzar una comprensión global del problema.

EL PARTIDO SOCIALISTA

Las primeras luchas del Partido Socialista de los Estados Unidos, que en aquella época dirigía el talentoso Eugene V. Debs, y la difusión de la teoría marxista que llamó la atención de algunos de los más lúcidos alumnos de Harvard, no afectaron a Reed, en los primeros años de su juventud dedicados a su epopeya de desarrollo personal. De su paso por la universidad extrajo Reed, sin embargo, dos experiencias interesantes: una de ellas el contacto con el *Club Cosmos* —institución de intercambio cultural presidida por el rector Eliot— con estudiantes extranjeros y que, gracias a la presión de jóvenes radicales, se convirtió en un foro de trabajo intelectual serio; la otra, su trabajo en la redacción de las publicaciones universitarias *Harvard Monthly* y *Lampoon*, que le permitieron descubrir su inclinación por el periodismo.

Al concluir sus estudios Reed viajó a Francia y, al volver a los Estados Unidos, se instaló en Nueva York, en Greenwich Village, donde junto con algunos de sus ex compañeros de Harvard llevó una vida de bohemia. Fue en esa época que, gracias a la mediación de Lincoln Steffens, ingresó a la redacción del *American*, publicación desde la que en poco tiempo cimentó una importante fama de reportero. Fue en esa actividad que tuvo sus primeras experiencias de la miseria y la opresión. Después de Cedar Hill, de Morristown, de Harvard, de París, Reed se encontró con un mundo diferente, un mundo hecho por una parte de pobreza indecible, de tristeza, de resignación pero por otra de solidaridad, de tenacidad y de coraje. Y a sus antiguos modelos, a los alumnos distinguidos de Harvard pudo verlos no ya con su disfraz de cortesía, de virtud, de brillantez, sino como en realidad eran: negociantes ávidos capaces de todo para asegurar sus ganancias. En Paterson una huelga de los obreros textiles alcanzó perfiles insurreccionales, y de ella dió John Reed cuenta a sus lectores. En Colorado los mineros que trabajaban para Rockefeller se alzaron contra la explotación inhumana a que eran sometidos. Decenas de ellos fueron fusilados, sus casas incendiadas, los soldados hicieron fuego contra los huelguistas y mataron mujeres y niños. Reed relató esas atrocidades en sus valiosas crónicas del *Metropolitan* en las que, dirigiéndose a Rockefeller escribió: "esas son tus minas, esos tus bandidos mercenarios y tus soldados. Sois unos asesinos".

MEXICO INSURGENTE

Cuando en México Pancho Villa se alzó contra el régimen del general Huerta quien, después de asesinar al presidente Madero se había apoderado

del gobierno, John Reed cruzó la frontera y se unió a las huestes villistas a las que acompañó en algunas de las más sangrientas batallas que libraron contra las tropas federales. Fue entonces cuando Reed compuso su inolvidable *México insurgente*, obra en la que, si se le pueden reprochar ciertos errores de apreciación—como el papel relevante que se atribuye a Francisco Villa frente a Emiliano Zapata, cuando fue en realidad este último el caudillo más destacado de la revolución—, consigue imprimir al relato una realidad y una emoción que le aseguran un lugar de privilegio en la crónica histórica.

Como corresponsal recorre durante la guerra de 1914-18 los campos de batalla europeos y desde allí, frente a la actitud generalizada de una prensa patriótica y adúlona, denuncia el carácter imperialista de la Gran Guerra y la interminable serie de los horrores del conflicto. En el *Libertador*, semanario progresista, publica una nota titulada "Soldado, prepara una camisa de fuerza para tu hijo", por la que es llevado ante los tribunales, acusado de alta traición. Cuando el fiscal le pregunta si estaría dispuesto a combatir por los Estados Unidos en la guerra John Reed le responde que se negaría y hace una descripción tan precisa de la crueldad y abjeza de la guerra que el jurado, fuertemente impresionado no lo condena.

LA REVOLUCION RUSA

En 1917 Reed, que estima posible el estallido de una revolución en Rusia, parte hacia ese país. Es allí donde escribe su obra de mayores alcances: *Los diez días que conmovieron al mundo*. De todos los acontecimientos que hoy son ya considerados un capítulo trascendental en la historia del progreso de la humanidad Reed fue un observador atento, un testigo veraz y un cronista genial.

A esta obra se le imputaron errores, en ciertos casos con razón. Es verdad que Reed se equivocó al afirmar que "no había nadie, salvo quizá Lenin y Trotsky, los obreros de Petersburgo y los simples soldados que no manifestara la opinión de que los bolcheviques no se mantendrían en el poder más de tres días". Tanto el Comité Central del Partido como las organizaciones bolcheviques locales estaban firmemente convencidos de que la victoria sería perdurable. Tampoco es del todo verídica la descripción que hace Reed sobre las circunstancias en que el Comité Central adoptó la decisión de convocar a la insurrección armada.

Pero a pesar de estas fallas en el análisis la generalidad de la obra es intachable, tanto que el mismo Lenin dijo de ella que "después de haber leído con inmenso interés e inalterable atención, hasta el fin, el libro de John Reed *Diez días que conmovieron al mundo*, desde el fondo de mi corazón lo recomiendo a los obreros de todos los países. Quisiera que este libro fuese distribuido por millones de ejemplares y traducido a todas las lenguas, ya que ofrece un cuadro exacto y extraordinariamente vivo de acontecimientos que tan gran importancia tienen para comprender lo que es la revolución proletaria, lo que es la dictadura del proletariado. Estas cuestiones

son hoy objeto de discusión general; pero antes de aceptar o rechazar las ideas que encarnan, es indispensable comprender toda la significación del partido que con relación a ellas se tome. El libro de John Reed, sin duda alguna, ayudará a esclarecer este fundamental problema del movimiento obrero mundial".

Reed regresó a los Estados Unidos y allí, enfrentando a la prensa al servicio del capital y siendo objeto de toda clase de persecuciones, con una perseverancia heroica se esforzó en hacer conocer al pueblo norteamericano la verdad sobre la Revolución Rusa.

Al intentar viajar de vuelta a Moscú, a donde se dirigía con el objeto de planear la unificación de los dos partidos comunistas de los Estados Unidos, fue detenido y llevado a una cárcel de Filadelfia. Consiguió liberarse de la prisión y retornar a la URSS. Fue delegado al Congreso de los Pueblos de Oriente, llevado a cabo en Bakú. Contrajo el tifus, posiblemente en el Cáucaso. Fracasaron todos los intentos por devolverle la salud. Murió el 17 de octubre de 1920.

El de Reed no es un nombre recordado en los Estados Unidos. Es que, como ha señalado Rosenstone "Estados Unidos puede inmortalizar, de mala gana, a ciertos artistas que llevaron vidas de pasión y compromiso, pero—excepto por el homenaje rendido a la generación de 1776— nunca ha sido un país que perdone o admita a sus revolucionarios".

Del todo distinto es el caso en la Unión Soviética y, como ha dicho N. Krópskaia en el prefacio citado al principio de este artículo "John Reed está inseparablemente unido a la revolución rusa. Amaba a la Rusia soviética y se sentía cerca de ella. Abatido por el tifus, reposa al pie de la muralla roja del Kremlin. Quien ha descrito los funerales de las víctimas de la revolución como lo hizo John Reed, merece tal honor".

Fundamentalmente, John Reed permanecerá en los corazones de todos los auténticos internacionalistas. Los pueblos oprimidos de todo el mundo lo recuerdan hoy con cariño. Porque fue, ante todo, un rebelde comprometido con los cambios sociales y con la liberación del hombre. Verdadero internacionalista, para él, la forja de la nueva sociedad socialista, se basó en los principios de la solidaridad, la libertad democrática, sin hegemonismos, sobre la base de un nuevo poder democrático y popular. Creía con el viejo Engels que el socialismo es "el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad".

SISTEMA

El nuevo pensamiento español para todo el mundo.

Director: Elías Díaz

Secretario: José Félix Tezanos

Redacción y administración:

Joaquín Costa 61 - 6º

Madrid (6), España

ANNALS OF PUBLIC AND COOPERATIVE ECONOMY

Organo del Centre International de Recherche et
d'Information sur l'Economie Cooperative

Director: Guy Quaden

Redacción y administración: 45 quai de Rome 4000

Liege, Bélgica

NUEVA SOCIEDAD

La actualidad política, social y económica latinoamericana
desde una óptica distinta.

Director: Karl-Ludolf Hübener

Redacción y distribución:

Edificio IASA, 6º piso Oficina 606

Plaza La Castellana

Caracas, Venezuela

CUADERNOS LATINOAMERICANOS DE ECONOMIA HUMANA

Centro Latinoamericano de Economía Humana

Dirección: Casilla de Correo 998,
Montevideo, Uruguay

ZONA ABIERTA

Director: Fernando Claudin

Redacción y administración:

Las Fuentes 12, sótano izquierda

Madrid (13), España

MONTHLY REVIEW

Edición mensual en castellano

Redacción y administración:

Apartado de Correos 2760, Barcelona, España

LIMITE SUR

La realidad de América latina

Director: Hugo Vigorena Ramírez

Consejo de redacción: Pedro Almazán, Sol Argüedas,
Rodrigo Borja, Gerard Pierre Charles, Socorro Díaz
Palacios, Horacio Labastida, Michael Manley, Alicia
Moreau de Justo, Francisco Peña Gómez, Carlos Andrés
Pérez, Anselmo Sule.

Dirección: Juan Sánchez Azcona 107, Col. del Valle,
México 12 DF.

Se agotan

JUAN B. JUSTO Y LA CUESTION NACIONAL

Advertencia: *Gregorio Weinberg*

Selección y notas: *Emilio J. Corbière*

I.—LA LUCHA POR EL SOCIALISMO (Primer editorial de "La Vanguardia"; El Congreso de 1896; El partido de la clase obrera 30 años después. ¿Por qué somos fuertes?; La teoría científica de la historia y la política argentina; Por qué me hice socialista; Tres años de lucha). II.—LA CUESTION NACIONAL (El nuevo nacionalismo; El capital extranjero (I); El capital extranjero (II). El imperialismo en acción - Contra los obreros de Puerto Rico; El tributo argentino al fisco extranjero - América indolatina; La agresión yanqui a México - Solidaridad con la Nicaragua de Augusto César Sandino. La libertad de los pueblos) - APENDICE: 1.—Recuerdos sobre Juan B. Justo del periodista José Luis Torres; 2.—El problema indígena; 3.—Declaración de principios del Partido Socialista.

JUAN B. JUSTO Y SU EPOCA

Por *Donald F. Weinstein*

Orígenes y desarrollo del socialismo en la Argentina, a través de la vida del fundador del Partido Socialista.

Pueden solicitarse en "Fundación Juan B. Justo", Avenida Rivadavia 2009, 2º E, Capital Federal (1033) Tel. 49-1141, o en las principales librerías céntricas.

ICARIA, revista de crítica y cultura, N°2, Tomo I, Octubre de 1981.

Queda prohibida la reproducción de los materiales publicados, sin mencionar la fuente. *Director:* Emilio J. Corbière. *Administrador:* Alberto De Renzis. *Consejo asesor:* Eduardo C. Schaposnik, Carlos Polak, Saúl N. Bagú, Leopoldo Portnoy, Luis Vergne, Alfredo Galletti. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de la revista. Registro de la propiedad intelectual (en trámite). La correspondencia debe dirigirse a: Revista ICARIA, Fundación "Juan B. Justo", Avenida Rivadavia 2009, piso 2º "E" (1033), Buenos Aires, Argentina. Tel. 49-1141.